

Training  
Area  
Tech Area  
Command  
Post



# ASCEN DIDOS

RAQUEL M. ROCA



ASCEN  
DIDOS  
RAQUEL M. ROCA

YOUNG KIWI, 2024  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febero 2024  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-36-4  
Depósito Legal: CS 46-2024  
© del texto, Raquel M. Roca  
© de la ilustración de cubierta, Ermitanya  
Corrección, Carol RZ

**Código THEMA: YF**

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.youngkiwi.com](http://www.youngkiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A mi padre, José,  
por ser una bellísima persona de sonrisa enorme  
y un padre maravilloso.*







¿Ya te vas? ¡Sigue con nosotros y te regalamos un mes de suscripción!

Nuevos seriales y mundos por explorar están a la vuelta de la esquina. ¡No vas a querer perdértelos!

Y si no tienes claro qué hacer, hazte esta pregunta: si te vas de Dreamland..., ¿qué te queda ahí fuera?

Dreamland había jugado con ellos como si fueran sus marionetas. Y el Gobierno lo había permitido.

Aquella era la verdad absoluta que rondaba la mente de Miranda desde hacía un par de días. Llevaba ya cerca de dos meses encerrada en aquella habitación secreta de apenas cuatro metros cuadrados. Por la seguridad de todos, le habían pedido que no saliera de ahí. Y, aunque al principio había estado de acuerdo, a los pocos días de despertar en aquel escondrijo había tenido ganas de echar abajo de una patada el dichoso mueble que la mantenía escondida de los ojos del Gobierno.

Tenía que mantener la cabeza fría. Centrarse. Trazar un plan.

Pero ella nunca había sido de hacer planes. Esa era Suki. Miranda prefería lanzarse con lo puesto a por todas y que fuera lo que Dios quisiera.

«Suki. Hugo. Ojalá sigáis respirando».

«No, esto no me ayuda nada. Tengo que pensar en otras cosas».

Eva le había traído varias revistas y libros antiguos, pero su vista se escurría entre las páginas. No tenía la mente para leer y cada párrafo suponía una batalla contra su propia cabeza. Tampoco es que tuviera mucha luz para ver las palabras, todo sea dicho. Las velas eran lo único que iluminaba la oscura estancia, pero habían sido suficiente para que Miranda pudiera tatuarse los brazos, que habían cicatrizado bien después de jugarse la vida con los rayos ultravioletas del sol cuando Hugo, Suki, Red y ella hicieron su visita al Exterior. Una arrebatadora combinación de flores y aves ocultaba las quemaduras de sus dos brazos, recorriéndola desde los hombros hasta las puntas de los dedos. Eva le había proporcionado la herramienta de pigmentación automática —obviamente robada— con la que había podido componer el diseño y plasmarlo sobre su piel. También la había ayudado, no de muy buena gana, con aquellas zonas a las que no podía llegar por sí misma.

Los primeros días encerrada en aquella habitación habían sido un infierno: no solo se vio incapacitada para salir fuera, sino que además tuvo que hacerle frente a la inevitable adicción que le habían creado los inyectables para dormir. Noches en vela, escalofríos, fiebre y vómitos: así le había recompensado su cuerpo. Suplicó a Eva para que le consiguiera aunque fuera un par de jeringas, pero la mujer se negó en redondo. Demasiado arriesgado. Lo entendía, pero no pudo evitar lanzarle más de un grito desagradable, producto de la enorme frustración. A pesar de ello, Eva no dejó de traerle comida y agua, además de paños fríos con los que mojaba su cuello y frente. Dos semanas después consiguió dormir, por fin, una noche entera del tirón.

Había encontrado en el deporte su vía de escape. No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaba moviéndose, pero, una vez terminaba de ejercitarse, el sudor que había desprendido su cuerpo se quedaba flotando en el aire hasta que Eva o Jax le traían una palangana con agua cuando caía la noche para que pudiera asearse. Dormía, desayunaba lo que le trajeran y vuelta a empezar.



Trescientas sentadillas. Doscientas flexiones. Otros tantos abdominales. Y otra vez desde el principio.

«Mi cuerpo es mi templo. Yo estoy al mando. Yo decido en lo que creo. Y mi mente sabe que Suki y Hugo están vivos».

Sentadillas. Flexiones. Abdominales.

Así durante tanto tiempo que muchas veces, como aquella, caía rendida sobre el mugriento colchón y dormía a pierna suelta durante horas y horas.



Eva tocó con sus nudillos sobre la superficie del armario antes de hacerlo a un lado.

Siempre lo hacía así para avisar de que iba a pasar en caso de que Miranda se encontrase indispueta. Aquella vez le sirvió para entreabrir los ojos y enderezarse mientras se frotaba los párpados. Llevaba tanto tiempo encerrada que ya había dejado de asustarse cada vez que despertaba con aquel extraño techo sobre su cabeza.

—Buenos días —saludó Eva con una sonrisa amigable. Su pelo rojizo parecía anaranjado a la luz de la vela. Su pierna mecánica hizo una especie de *clonc* cuando se arrodilló para entrar el cuerpo por el pequeño agujero de la pared. Llevaba una bandeja con el desayuno—. ¿Qué tal has dormido?

—De lujo —contestó Miranda, estirando los brazos para alcanzar la comida.

Tan pronto como la tuvo encima, comenzó a devorarla con pasión. Con tal de no levantar sospechas, Eva y Jax le traían comida solo una vez al día. De esta forma se aseguraban de que no hubiera preguntas incómodas sobre por qué parecía que la familia estuviera comiendo como si hubiera una persona más. El menú solía consistir en huevos revueltos, sopas o pedazos de fruta, siempre acompañados de algo de pan y un enorme vaso de agua. Aquello podría parecer poco, pero aparte de que las pastillas alimentarias



no daban para mucho más, a Miranda ya le sabía suficiente mal estar comiéndose la comida de otros. Los racionamientos estaban siendo muy estrictos y Miranda no dejaba de preguntarse si también estarían incluyendo carne en los paquetes.

Fuera cual fuese la respuesta, había decidido que nunca más probaría un solo bocado.

—¿Qué tal va todo ahí fuera? —preguntó sin dejar de masticar. Eva ensanchó despacio su sonrisa.

—Ya han dado fecha para el final del confinamiento. A partir de mañana podremos volver a pisar las calles. —Miranda alzó la vista como un hurón asustado—. Dentro de un horario controlado y solo para compras autorizadas —se apresuró a añadir Eva—. Van a ampliar la cantidad de trabajadores que se reincorporan a sus trabajos y los adultos tendrán permitido salir por las mañanas para hacer compras y estirar las piernas. Ah, y los niños vuelven al colegio en horarios partidos. Lizzy está supercontenta. Quitando eso, no hay muchos más cambios.

Pero Eva estaba equivocada. Aquello ya suponía un cambio enorme.

—¿Por qué han cambiado de opinión?

Eva se encogió de hombros.

—Según las noticias, ya han podido limpiar todos los cadáveres de las calles. Además de que, según los cálculos del Gobierno, han atrapado ya a cerca del cincuenta y siete por ciento de la lista de los más buscados...

A Miranda la recorrió un escalofrío. Cada vez que recordaba lo que habían hecho Hugo, Suki y ella, se le abría un terrible nudo en el estómago. La Cámara del Sueño —una de las enormes instalaciones subterráneas de Dreamland— junto con sus anexas Cámaras de Almacenaje repartidas a lo largo de todo el Estado, albergaban en su interior a muchísimas personas en estado de criogenia, con sus mentes encerradas en un servidor oculto de la gran red y sus cuerpos convertidos en carne de consumo para toda la población. Y ellos habían despertado a los que todavía conservaban sus cuerpos,

provocando una cadena de acontecimientos que había hecho caer la enorme cúpula que protegía al Estado de los rayos ultravioletas y todos esos gases del exterior, consiguiendo que murieran asfixiados por falta de oxígeno y quemados por el sol dos mil millones de personas.

Miranda procuraba no sentirse culpable de aquello, pero era muy complicado cuando resultaba ser directamente responsable. Y ni siquiera había sido capaz todavía de hablar con los Schwartz del tema. ¿Con qué cara la mirarían si lo supieran?

Enterró esos pensamientos en otro lado y siguió comiendo.

—¿Los has visto? —preguntó sin mirarla a los ojos.

Eva negó con la cabeza.

—No. Sigue sin haber ni rastro de tus amigos.

—Están vivos. Estarán en otro cuadrante, apareciendo en los noticiarios de otra zona de la ciudad. Estoy segura.

Eva apartó la mirada. Estaba claro que no sabía cómo gestionar aquellas esperanzas de Miranda.

—No dejo de preguntarme por qué la gente no hace nada —confesó—. Es decir, desde que salió a la luz aquella historia del Arquitecto y de que la Ascensión es una mentira, llevo esperando que la gente reaccione, pero no ocurre nada. O sea, todo el mundo ha escuchado ya que los Ascendidos se usan para crear más carne engañando a la gente con que van a explorar el universo en busca de nuevos planetas. ¡Todo el mundo! Y, aun así, ahí están, en sus casas, usando Dreamland y viendo la vida pasar. El número de usuarios ha bajado, claro, pero... No lo sé, Miranda. Y ahora esto del desconfinamiento. Parece como si la gente quisiera olvidar ya.

Como si quisieran dar una falsa sensación de seguridad para que todos bajasen la guardia. Una cortinilla de humo para fingir que aquello no fue más que un atentado radical. Más y más mentiras.

—Justo eso es lo que quieren —asintió Miranda—. Que pensemos que ya ha pasado todo. Igual piensan que de esa manera



saldrán más personas de las que buscan a las calles. No os fieis una mierda, Eva. No podéis saber quién está con *ellos*.

Eva asintió.

—No lo haremos.

Miranda se llevó un par de cucharadas a la boca y terminó el plato.

—¿Qué sabéis de los Desechos? Ellos deben estar organizando algo.

Eva se encogió de hombros.

—Jax ha salido hace un par de horas para venderles unos documentos. Imagino que no tardará en volver... —dijo, apartando la mirada con un hilo de voz.

Miranda colocó una mano sobre su hombro con suavidad.

—Estará bien, Eva. Habéis trucado vuestras Memorias. Si hay alguien de Dreamland mirando, su ubicación aparecerá en esta casa.

Eva asintió, observando con ojos preocupados su Memoria, que había extraído hacía tiempo de debajo de su oreja izquierda y colgado alrededor del cuello con un cordel a modo de collar. Jax llevaba la suya de la misma manera. De esa forma se aseguraban no tener nada peligroso en sus cabezas a la vez que fingían que seguían conectados a la red. Miranda había preguntado a Jax cómo conseguían hacerlo y este le había explicado que el trucaje consistía en que la propia Memoria siguiera operando como si estuviera en funcionamiento: reproducía seriales acordes con los gustos del usuario hasta el momento, proyectaba Sueños Inducidos con normalidad... hasta se encargaba de generar una serie de imágenes en apariencia reales con sus correspondientes pistas de audio que simulaban el día a día de un miembro más del Estado. De esta manera se aseguraban de que, si alguien intentaba espiar a través de la red qué estaban haciendo, tan solo pudiera dar con unas conversaciones aleatorias de lo más normales acordes a la monótona vida de un ciudadano corriente.

Miranda suponía que el hecho de trabajar para los Desechos les daba a Eva y a Jax una serie de privilegios. La pareja era quien había extraído la Memoria de la agente de policía. Miranda ignoraba

qué habrían hecho con el chip, pero desde luego la habían convertido en una persona ilocalizable.

Eva suspiró.

—Voy a ver cómo está Lizzy, ¿vale? —Recogió el plato y retrocedió devolviendo su cuerpo al agujero—. Le diré a Jax que se pase más tarde.

Miranda asintió.

—Gracias.

Y visto y no visto, la agente de policía volvió a quedarse sola en el escondrijo.

Eva le había traído hacía un par de semanas un pequeño terminal sin conexión a Dreamland con el que podía entretenerse dibujando. Era casi del tamaño de su mano, antiguo, de pantalla táctil y con algunas pegatinas infantiles pegadas sobre la carcasa. Miranda llevaba desde entonces aprovechando para mapear la ciudad, o al menos las partes que conocía con más seguridad. La idea era poder usarlo para trazar alguna ruta segura a través de los callejones más estrechos, oscuros y menos vigilados. Pero la cuestión era... ruta segura, ¿hacia dónde?

Debieron pasar un par de horas hasta que volvieron a golpear el mueble. Esta vez usaron la mano abierta; característica típica de Jax.

El hombre recorrió el mueble y pasó al escondrijo. Tenía más o menos la misma edad que Eva —unos treinta y pocos—, la piel oscura y el pelo tintado de rubio chillón.

—¿Qué pasa, Miranda? —saludó, la mar de sonriente. Estaba claro que traía buenas noticias.

—¿Qué tal las ventas? —preguntó la chica al instante.

—Oh, no muy bien, pero eso es lo de menos. Tengo dos buenas noticias para ti.

Miranda se incorporó dejando la terminal a un lado. Jax metió la mano en su bolsillo y de él extrajo algo que Miranda reconoció al instante: un chip de más o menos tres dedos de ancho que contenía todas las experiencias vividas por Red. Miranda le había extraído el núcleo de la cocorota cuando el droide había tenido que volarse



la cabeza para evitar cumplir las órdenes de Uma Sharma. Había evitado que acabase con ella, pero el núcleo se había dañado y había quedado empapado de aceite de androide.

Lo que ahora tenía Miranda sobre su mano era un núcleo perfectamente limpio.

—¿Cómo lo has conseguido?! —exclamó, acercando el chip al pecho.

—Una amiga me debía un favor —explicó Jax mientras tomaba asiento—. Parece que no ha sido fácil. Lo normal es que, cuando los núcleos acaban así, suelen tirarse a la basura. Hay pocos artesanos que se dediquen a restaurarlos. Ah, y tranquila; no le he contado lo que había dentro.

Miranda notaba los ojos empapados. Alzó la vista hacia Jax, sintiéndose tan agradecida que podría llegar a deshacerse allí mismo. Confiar en alguien para cuidar del núcleo de Red había sido muy duro, pero, cuando se había dado cuenta de que esa era la única manera de seguir adelante, no había tenido alternativa. Si Jax no hubiera estado casado, Miranda le habría dado un morreo de la emoción.

—Gracias —murmuró, con un nudo en la garganta.

Jax no pudo evitar sonreír.

—No sé cómo estarán los datos, pero ya es un paso. Ahora nos queda la parte más difícil.

Miranda lo tenía claro.

—¿Es esa tu segunda noticia?

Jax asintió.

—He estado charlando con los Desechos. Les he hablado de lo que queremos hacer y les parece buena idea. Están dispuestos a colaborar, pero me temo que insisten en conocerte.

Miranda parpadeó.

—¿A mí? ¿Por qué?

Jax suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Supongo que porque no todos los días se escucha hablar sobre una policía renegada que quiere resucitar a su droide capaz de actuar al margen del Gobierno.

Miranda negó con la cabeza.

—Ni hablar. Querrán quedarse con Red. Les has dicho que no es como los demás droides, ¿verdad?

Jax hizo un mohín.

—Puede que haya dejado caer que salió del Modo Asalto por voluntad propia.

—Joder, Jax...

—¡Ya lo sé! Pero era la única forma de que se interesasen, Miranda. Es muy posible que quieran ayudarnos para utilizaros en su causa, sí. Pero ¿no crees que merece la pena correr el riesgo?

Los ojos de Jax brillaban en la penumbra del escondrijo. Puede que Eva fuera más cauta, pero a Jax cada vez le costaba más esconder sus afiliaciones. El poco tiempo que había estado en aquella casa le había servido como prueba de lo mucho que aquel hombre ansiaba que los Desechos movieran ficha de una vez por todas.

Miranda se frotó la cara con la mano derecha, pellizcándose con intranquilidad el puente de la nariz.

—Eva se va a cabrear mucho, Jax.

—Si tú no le dices nada, yo tampoco lo haré.

—Es tu mujer. Y es muy inteligente. Se dará cuenta.

—Eva sabe de sobra que mis negocios con los Desechos van mucho más allá de venderles un par de terminales robados a la semana, Miranda.

—Eso no es una justificación —negó—. Quiero que se lo digas. Ella también tiene derecho a decidir lo que es mejor para vosotros. Y para Lizzy.

Jax pareció hundirse en sí mismo. Ser padre en épocas así de peligrosas era muy complicado.

—Sí, tienes razón —asintió despacio—. La familia siempre debe ir primero. Hablaré con ella esta noche, cuando hayamos acostado a Lizzy. Le diré que lo haremos todo cuando cierren el oxígeno, mientras todo el Estado esté durmiendo. Incluida la niña.

Miranda asintió. La pequeña no sabía que sus padres tenían a una de las criminales más buscadas del Estado escondida en el



armario, y por el bien de todos era preferible que siguiera siendo así. Pocos niños sabían guardar bien esa clase de secretos.

—Genial —asintió Miranda.

—Los Desechos insisten en que tú también estés presente. Quieren conocerte, así que tendrás que venir. —Miranda abrió mucho los ojos ante la posibilidad de abandonar aquella madriguera, aunque fuera por unas horas. La sola idea la embriagaba de miedo y entusiasmo a partes iguales—. Creo que será buena idea. Además de eso, a Red le gustará ver una cara conocida cuando despierte.

«Cuando despierte», se repitió Miranda para sus adentros. Jax podría haber dicho «si lo conseguimos», o quizá «si el droide despierta», pero había hablado de aquella escaramuza como un hecho futuro.

Sí, iba a ocurrir: estaban a punto de asaltar el próximo cargamento de droides modelo RD del Gobierno para conseguirle un nuevo cuerpo a Red.

El nudo de la garganta era tan fuerte que costaba horrores de manejar.

—Vendré a traerte el desayuno mañana a primera hora —anunció Jax, mientras se escurría fuera del agujero de la pared.

—Gracias —repitió Miranda, abrumada.

Jax se detuvo. Se dio la vuelta y negó con la cabeza. Una sonrisa asomaba en sus labios.

—No, Miranda. Gracias a ti —dijo—. Por haberme recordado cuál es mi norte.

Asintió con la cabeza y la dejó sola, tapando el agujero con el armario.

Miranda se dejó caer sobre el colchón.

Iba a recuperar a Red. Y entre los dos encontrarían a Hugo y a Suki. Y después... ya verían lo que vendría después.

La familia iba siempre lo primero, al fin y al cabo.



# 2



## ¿Te asusta ver hombres, mujeres y droides llevando armas de fuego?

¡No te preocupes! Las Brigadas de Tierra y Aire están aquí para protegerte de los enemigos del Estado. Escucha siempre sus indicaciones... ¡saben lo que se hacen!

Lo primero que hizo Zeke cuando la Capital se llenó de oxígeno a la mañana siguiente fue acercarse al supermercado de su bloque.

Había algo obscuro en la forma en la que las personas se aglutinaban alrededor de los enormes frigoríficos de bandejas de carne. Desde que se había señalado a Dreamland y al Estado como coqueadores habituales del genocidio, el ambiente en las calles había cambiado. Zeke lo notaba. Casi se podía respirar. Ojos esquivos por todas partes, cabezas gachas, personas que se movían como autómatas para no atraer ningún tipo de atención.

Miedo. Lo que estaba contaminando las calles de la Capital era el miedo.

Zeke se relamía con la dulce ironía que suponía la nueva noticia de que la Ascensión era una cadena de producción de carne humana involuntaria. Durante los primeros días del confinamiento, el Estado se había asegurado de que a todos y cada uno de sus ciudadanos se les incluyeran pedazos de carne en sus racionamientos. Después de

la escabrosa noticia, nadie iba a tener la más mínima intención de seguir consumiendo carne. Una cosa era que la sociedad hubiera normalizado el canibalismo, pero otra muy distinta era que se estuviera haciendo a costa de personas que no se habían prestado a ello, además de mentir a toda la población sobre un suceso que infundía tanta esperanza como la Ascensión. Aquello no se podía tolerar.

Es por eso por lo que el Estado había mandado esos pedazos de carne. Sabían que no iban a ser bien recibidos, pero ahí se encontraba el mensaje. «¿No queréis comer? Vosotros mismos. Después ya suplicaréis». Porque ¿qué cabía esperarse de un Gobierno que usaba a sus propios ciudadanos como materia prima?

Todos estaban asustados y tenían motivos. Zeke había escuchado que varios departamentos del Gobierno se estaban encargando de revisar los despojos orgánicos y habían encontrado muchas evidencias de bloques enteros que estaban arrojando la carne a la basura. A Zeke no le cabía duda de que el Gobierno estaría ocupándose del tema. Otros habían sido más listos y se habían deshecho de la comida por los desagües, pero no habían escapado al control del Estado. De hecho, se estaba incluso comenzando a hablar sobre la posibilidad de comprobar las heces para hacer una estimación real de la cantidad de ciudadanos que consumían la carne... y así poder averiguar quiénes de ellos estaban deshaciéndose del producto por otras vías desconocidas.

Zeke había estado ansioso por comprobar qué iba a pasar el día que se alzara el confinamiento y las personas pudieran pisar las calles a pesar de las restricciones que iban a mantenerse. Le maravilló comprobar que mucha gente, al igual que él, había salido en cuanto se había devuelto el oxígeno a la Capital para estirar las piernas. La aglomeración no era tan habitual como de costumbre, pero era indudable que había muchas personas. Cuando llegó al supermercado y pudo ver con sus propios ojos la enorme cola que se había formado a la entrada, sonrió.

Y ahí estaban; pululando cual pollos sin cabeza alrededor de los frigoríficos. Zeke veía las emociones que les atravesaban reflejadas

en sus ojos: miedo, asco, duda, desazón... ¿Era muy pronto para volver a sucumbir a las delicias de la carne humana? ¿Estarían Dreamland y el Gobierno mirando quiénes de ellos metían bandejas en el carro de la compra? ¿Habría represalias contra los que no lo hicieran?

Una mujer de unos treinta años fue la primera. Se acercó con timidez al frigorífico, agarró una bandeja de carne y, sin cruzar la mirada con nadie, la llevó a su cesto. Después se alejó, caminando a paso rápido hacia la caja.

Aquel sutil gesto pareció animar a varios de los demás compradores. Un hombre de cerca de cincuenta años que cojeaba de una pierna se acercó y se llevó tres bandejas. Se alejó sacando el pecho con orgullo mientras un chico de unos quince años metía medio cuerpo dentro del frigorífico para llegar hasta los pedazos más frescos del fondo. Escogió una bandeja con una fotografía de un chico de más o menos su edad y alzó la vista recorriendo a los presentes con la mirada, como si buscase la aprobación de la masa que lo rodeaba.

El goteo fue cada vez más constante. Una detrás de otra, las personas del supermercado se aproximaban para llevarse un poco de aquella pecaminosa gran mentira, cada cual por sus propias razones. Zeke no había dejado de sonreír desde que había visto a la primera de ellas. De hecho, la mueca que cruzaba su rostro era cada vez más y más pronunciada. Sus ojos oscuros como el carbón centelleaban como los de un ave rapaz.

Al cabo de unos minutos decidió que ya había contemplado el espectáculo durante el tiempo suficiente y se aproximó al frigorífico. Tenía muy claro lo que quería buscar. Tan claro como que *ellos* lo habían puesto allí, en su bloque, para que él lo encontrara.

Zeke era un cazador. Como uno de los agentes más brillantes de la Brigada Oscura, su tarea consistía en deshacerse de los nombres que hacían llegar a su despacho en el edificio gubernamental de su bloque. Ante todo, la máxima norma para realizar sus ejecuciones era la total discreción. Muy poca gente sabía de la existencia



de un grupo militar paralelo a las Brigadas de Tierra y Aire, y el Gobierno prefería que siguiera siendo así.

El trabajo era sencillo. Zeke llegaba a su puesto de trabajo y recogía los expedientes que llegaban desde los tubos de aire presurizado: morado fluorescente para directrices del Gobierno; azul turquesa para peticiones de la jefatura de Dreamland; rojo sangre para el Gremio de Industrias Cárnicas y Alimentaciones Varias; verde nuclear para las conglomeraciones de Desarrollo Tecnológico; y negro noche para encargos de la propia Brigada Oscura. Todos ellos se beneficiaban de la cortesía de los asesinos más letales del Estado sin preguntas, reclamaciones ni segundas oportunidades. Todos los días llegaba, por lo menos, uno de estos encargos, los cuales Zeke resolvía siempre en el plazo de tres días como mucho.

Salvo el caso de Miranda Rodríguez.

Siempre había sido escurridiza. Traicionera. Peligrosa. Zeke había tenido claro que iba a tardar en dar con ella, pero que estuviera retrasándose tanto en encontrar una mísera pista lo tenía encolerizado. Había tenido que aumentar sus dosis de ácido para mantener el tipo cuando estaba rodeado de otras personas y no realizar nada imprudente.

Zeke había seguido matando desde entonces. Los encargos nunca dejaban de llegar, así que siempre tenía un mínimo de una entrega al día. La noche anterior, por ejemplo, había sorprendido a uno de esos Ascendidos a la fuga mientras se desplazaba en calles oscuras, lo más seguro que buscando un escondrijo mejor donde ocultarse. Zeke había procurado no ensañarse con él, pero había sido inevitable hacerle sufrir un poco antes del golpe final. Por suerte, el servicio de limpieza y recogida de la Brigada Oscura habría borrado todo rastro de su pequeño juego para cuando amaneciese.

Como dictaba el procedimiento, Zeke había arrancado el premolar izquierdo del chico y había pasado por su despacho para dejarlo desaparecer por el tubo presurizado correspondiente. Aquel gesto marcaba la finalización del trabajo y se traducían en el ingreso de los créditos oportunos.

Sin embargo, la parte favorita de Zeke llegaba cuando a la mañana siguiente se desplazaba hasta el supermercado a recoger su bandeja de carne del día. Ahí estaba: el chico Ascendido le devolvía la mirada en una fotografía donde le habían sacado mucho más agraciado de lo que en realidad era.



**NOMBRE:** LUM UNBERG.

**EDAD:** 18 AÑOS.

**DIETA:** EVITABA LA CARNE A TODA COSTA, POR LO QUE SUS MUSLOS APENAS TIENEN CHICHA. ¡UNA LÁSTIMA!

**NÚMERO DE LOTE:** 51.

LUM SUSPENDIÓ SU PRUEBA DE VALOR Y FUE ASCENDIDO. CUANDO DESPERTÓ DE LA CÁMARA DEL SUEÑO, ASESINÓ A TODA UNA FAMILIA PARA QUEDARSE CON SU HOGAR COMO ESCONDITE, ASÍ QUE INCLUSO ESTAR EN ESTA BANDEJA SE LE QUEDA GRANDE. NO MERECE EL AIRE QUE RESPIRABA, PERO SU SACRIFICIO SERVIRÁ PARA QUE LOS DEMÁS SIGAMOS ADELANTE. ¡DEBERÍAS DARNOS LAS GRACIAS POR HACER DE TI ALGO ÚTIL, LUM!

Las industrias ya no se cortaban un pelo, y eso hacía a Zeke reír a carcajadas. El mundo estaba cambiando a pasos agigantados y los ciudadanos no podían hacer otra cosa que aceptar convertirse en

parte de la cadena de producción sin rechistar. Era, sencillamente, delicioso.

Zeke se llevó varias bandejas de carne de Lum. La cena de aquella noche iba a ser espectacular.



El apartamento de Zeke estaba en el corazón de la Capital, una de las zonas donde los alquileres eran más caros y los pisos más pequeños, aunque el precio del oxígeno, la luz y el agua no estaba mal.

Había cambiado de residencia varias veces durante el último año, pero aquella era la que más le había gustado hasta entonces. Era un apartamento sencillo, pequeño y mal iluminado: en apenas veinte metros cuadrados estaban la cocina, la cama y el baño. Sin ventanas. Sucio. Con malos olores precedentes de las cañerías. A muchos les agobiaría un hogar tan minúsculo, pero Zeke estaba encantado. Y si algún día se cansaba, solo tenía que buscar otro lugar. Solo los altos cargos compraban propiedades, ya que eran los únicos capaces de afrontar cambios bruscos en las tarifas de los gastos mensuales; los demás ciudadanos del Estado se veían obligados a pedir el traslado a una zona donde el oxígeno, el agua o la luz costaran menos. Aunque la Brigada Oscura se encontraba en un escalafón considerable dentro de la jerarquía de los departamentos gubernamentales, no dejaban de ser unos soldados. Y los soldados no viven en mansiones.

«Ni falta que nos hace», se había dicho Zeke cuando llegó a esta conclusión.

Nada más regresar de la oficina, lo primero que hizo fue descalzarse las botas negras. Se arrancó el uniforme de la Brigada Oscura, compuesto por la larga gabardina oscura y el traje de campo reforzado, protector pero flexible, de igual color que la otra prenda. Se colocó uno de sus pijamas de plástico elástico grisáceos, se preparó

un buen guisado con la carne de Lum y un par de pastillas procesadas y proyectó sobre la pared un serial de comedia mientras comía sobre la cama. Al poco tiempo, recibió una llamada urgente que llegó a su terminal. El estridente sonido retumbó en sus oídos. Zeke extendió el menú de Dreamland en su antebrazo y pasó la llamada a pantalla aérea. La proyección holográfica que apareció delante de sí le mostró el nombre de la persona que osaba importunarle.

Zeke frunció el ceño. Contestó a la llamada con rapidez y la aplicación le redirigió hasta Dreamland. En apenas un segundo, se cargó el escenario que siempre usaban: una galería de tiro con poca luz, olor a sangre seca y cerdos como muñecos de tiro. El avatar de Zeke cargó igual de rápido. Era a su imagen y semejanza: pelo largo y liso como una cortina de terciopelo negro que le llegaba hasta el pecho, rostro cetrino, cejas espesas, mirada penetrante y pómulos marcados. Muchas personas decidían aprovechar la versatilidad de los avatares para cambiar aquellos rasgos que no les gustaban de sí mismos y así alcanzar aquel rostro soñado, al menos cuando estaban conectados a la gran red. Sin embargo, Zeke siempre se había sentido muy orgulloso de su ascendencia nativo-americana y no la hubiera cambiado ni por todo el dinero del Estado. Lo único que su avatar tenía de diferente era que siempre y bajo cualquier circunstancia vestía con el uniforme de la Brigada Oscura.

Con una pistola en la mano, lo esperaba el señor Xen. Un tipo calvo de ojos rasgados, con mucha mala leche y una curiosa forma de apretar los labios cada vez que le decía a Zeke que estaba orgulloso de él. Hoy no iba a ser uno de esos días; nada más comenzar con la conversación, Zeke se dio cuenta de lo cabreado que estaba el señor Xen.

—¿Puedes explicarme por qué mi mejor cazador no está cumpliendo con su trabajo? —exigió, sin apartar la vista del cerdo al que estaba disparando.

Zeke sintió el impulso de bajar la cabeza, pero hinchó el pecho y se mantuvo erguido.

—Lo siento.



—Me importa una mierda lo que sientas, Z —aclaró el señor Xen, dejando por fin la pistola de lado y dignándose a mirarlo—. No estás cumpliendo con uno de tus encargos más importantes. ¿Es así como pretendes honrar a los que ya no están?

Zeke tensó la mandíbula.

—No, señor.

—No —repitió el señor Xen, acompañando la negación con el correspondiente movimiento de cabeza—. Eso es. Tenemos un deber, Z. Me dolería mucho tener que repatriarte a los Confines.

—No ocurrirá, señor —aseguró con convicción en su voz—. Conozco al objetivo de primera mano. No le defraudaré.

El señor Xen asintió, torciendo el labio como si estuviera sopeando aquella información.

—Confío en tu criterio, soldado, pero recuerda que tenemos unos plazos. No podemos retrasarnos con las entregas más tiempo del debido. Y con este caso ya hemos hecho varias concesiones.

El tono del señor Xen había cambiado; ya no quedaba tanto reproche en él, sino que más bien se movía en el registro de la confianza. Aquello inundó a Zeke de valor.

—No se preocupe, señor. Está todo controlado.

El señor Xen asintió antes de volver a centrarse en disparar al cerdo.

—Entrégame pronto esos tres premolares, Z. Hazme sentir orgulloso.

Dando por concluida la conversación, Zeke abandonó la llamada.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de pura impotencia. Era el mejor cazador de la subdivisión del señor Xen y estaba fracasando de una manera bochornosa. Estaba fallando al Gobierno, pero por encima de ello estaba fallando a su superior. Sentía ganas de arrancarse la piel de la cara a tiras; no era digno de la confianza que el señor Xen depositaba en él, no después de tan tremendos batallas. No merecía ni su compasión ni su respeto, y aquello le hacía tener ganas de gritar hasta que sus pulmones se quedasen sin aire.



Los dedos le temblaban mientras echó mano de su cajita de tiras de ácido. Cortó una tableta y se la colocó sobre la lengua, chupándola con fuerza para que se derritiera cuanto antes. A pesar de los exquisitos efectos psicotrópicos que siempre relajaban sus músculos, su mente seguía yendo a mil por hora. No podía hacerla parar. No había manera de que dejase de aparecer en sus retinas el recuerdo de su rostro.

Ordenó a su terminal que cargase una simulación. Ni siquiera se fijó en el escenario, los efectos sonoros o la gama de luces y colores. Solo se centró en la figura que aparecía ante él: un avatar de ella, tal y como la recordaba, con sus ojos de color miel dorado, su piel ambarina y su pelo castaño recogido con una coleta alta.

Ella.

La cólera despertó en Zeke como un animal enjaulado que acababa de escapar de su prisión. Arremetió contra ella con todo lo que tenía. Se relamía con la sangre que salpicaba sobre su rostro con cada puñetazo, con cómo el cuerpo de ella se arqueaba con cada patada en el estómago. Admiraba la forma tan dulce en la que su carne se abría cuando deslizaba el cuchillo sobre ella, todo vísceras y fluidos corporales. Bañó sus mejillas con su sangre y la agarró del cuello, mirándola a los ojos mientras la vida de estos iba apagándose poco a poco hasta que ya no quedaba nada por ver.

Dejó caer el cuerpo inerte de Miranda Rodríguez a los pies de aquella pagoda china en la que la había asesinado sin piedad ni remordimiento. Los largos mechones del pelo negruzco del chico tenían las puntas teñidas de rojo y bailaban al son del viento que mecía los rosados cerezos en flor.

—Reiniciar simulación —ordenó sin ningún temor a sentirse juzgado, y Dreamland cumplió con su deseo de inmediato.



# 3



## ¿Necesitas hacer la compra? ¿Quieres salir a dar una vuelta?

¡No te muevas de casa! Con el servicio Dreamland Click&Send te enviamos lo que necesites directamente a tu puerta. ¡Consigue ya tu cinta de correr DreamRun y combínalo con tu simulación Favorita a mitad de precio!

—Es la hora —anunció Jax cuando apareció por el agujero del armario.

Miranda asintió. Llevaba mentalizándose desde que había despertado esa mañana para aquel momento. Incluso había aprovechado para hacer varios ejercicios de resistencia a lo largo del día y asegurarse de estar preparada cuando Jax asomase la cabeza. Pero para lo que no estaba lista era para la cantidad de luz que la esperaba al otro lado de la pared. La corriente de aire. Los olores más allá de la humedad y el ambiente cerrado. Por un segundo, le dio la sensación de que sus piernas se volvían mantequilla.

Notó la mano de Eva cerrándose sobre su hombro para ayudarla a mantenerse erguida. Al alzar la vista, la vio llevarse un dedo a los labios pidiéndole silencio.

—Lizzy está dormida —susurró.

Miranda asintió. Caminó de puntillas hasta la entrada donde la esperaba Jax con algo de ropa de abrigo, un par de bombonas de oxígeno y unos pasamontañas negros. Le tendió lo que le correspondía y la agente se lo colocó todo con rapidez. Enganchó la bombona al cinto, se calzó el pasamontañas y, por encima de él, la máscara de respiración. Apenas restaba una pequeña franja a través de la cual podía ver lo que acontecía en su línea de visión, pero era mejor así.

Jax abrazó a Eva con fuerza. En susurros, ella le pidió que tuvieran cuidado y él le aseguró que estarían bien. Miranda tuvo que apartar la vista; se sentía mal por estar contemplando un momento así de privado.

Eva se apartó de Jax y la abrazó también. Cuando se separaron, vio que Eva la observaba con temor. Tenía mucho que decir, pero muy pocas palabras para expresarlo. Miranda se le adelantó.

—Tranquila. Cuidaré de él —aseguró con apenas un murmullo.

Eva cerró los ojos, aferrándose a esas palabras para mantener los nervios. Después, una vez se hubo calmado, se apartó de Miranda y extrajo un par de pistolas de un cajón. Colocó una sobre la mano de Miranda y otra sobre la de Jax. Este se negó en un principio a aceptarla.

—Por precaución —musitó la mujer.

Jax, reacio, terminó cediendo y se la guardó en el cinto. ¿Precaución contra quién? ¿Los Desechos? ¿O alguien más?

Miranda observó su arma, preguntándose en qué estado se encontraría Red una vez consiguieran despertarlo. Apartó aquellos nocivos pensamientos de su mente y guardó el arma lo más oculta posible dentro del abrigo.

Jax llevó la mirada hacia ella y asintió. Miranda le devolvió el gesto.

El hombre comprobó su reloj, manteniendo el dedo en alto mientras los segundos seguían pasando. Cuando por fin marcó las 23:37, la luz que los iluminaba se apagó. Sin más dilación, Jax abrió la puerta y ambos salieron al exterior de la vivienda.

El pasillo estaba sumido en la penumbra. El hombre le había explicado que los Desechos le habían indicado una hora exacta en la que su bloque se quedaría sin luz durante cerca de cinco minutos, el tiempo suficiente como para abandonar el edificio si se daban prisa. De esa forma, ninguna cámara sabría de dónde habían salido aquellas dos figuras con pasamontañas.

Fueron veloces: no hablaron en ningún momento, limitándose a correr escaleras abajo a zancadas. Miranda le siguió muy bien el ritmo a Jax, quien también estaba en bastante buena forma, teniendo en cuenta que como electricista pasaría mucho tiempo quieto. Una vez llegaron a la calle, no dejaron de correr hasta alejarse varias manzanas de allí. Apenas unos segundos después, la luz regresó.

No es que las calles estuvieran muy iluminadas, pero sí se veía lo suficiente como para que cualquier cámara que estuviera grabando captara sus imágenes. Jax respiró tranquilo al saberse lejos de casa.

—Bien —suspiró. A Miranda le llegó su voz a través del sistema de escucha por proximidad de la máscara—. Esperaba que llegáramos algo más lejos, pero no está mal. —Apoyó la cabeza contra la pared del callejón en la que estaban pegados Miranda y él—. ¿Cuánto nos queda?

Miranda consultó el mapa que había estado dibujando en la pequeña terminal. Estaban a cinco manzanas del lugar de encuentro con los Desechos, así que mientras tuvieran cuidado no debería haber problemas.

—Por allí —respondió señalando hacia la izquierda, pero colocó una mano sobre el pecho de Jax cuando este iba a empezar a andar—, pero esa avenida está repleta de cámaras. Es un suicidio.

—¿Qué sugieres?

—Que la rodeemos. Mira —propuso mientras le mostraba el mapa—: si estoy en lo cierto, esta pequeña callejuela apenas estará iluminada. El riesgo de cámaras es mucho menor. No recuerdo que haya mucho movimiento por allí.



—¿Cuánto tiempo nos retrasará?

—Pues cerca de unos diez minutos...

Jax torció el labio, sopesando la información sin apartar la mirada del reloj. Por un momento Miranda temió que rechazase su sugerencia, pero, para su alivio, asintió con decisión.

—Merece la pena. Vamos.

Para tratarse de un civil, Jax tenía demasiada confianza en sus habilidades para reaccionar ante el peligro. Parecía bastante empeñado en encabezar la marcha, incluso teniendo en cuenta que Miranda era una policía hecha y derecha con una formación excelente en ese campo. La excusa que había dado cuando habían salido del ascensor era que sus piernas eran mucho más largas que las de ella —lo cual era cierto—, pero a Miranda comenzaba a irritarle su insistencia.

Sin cortarse un pelo, lo agarró de la ropa y lo empujó detrás de sí, alzando la pistola mientras volvía a colocarse en cabeza.

—Policías primero —gruñó—. Civiles después.

A Jax se le escapó algo parecido a una risa.

—Perdona. Me recuerdas a una amiga que perdí hace unos años en la Ascensión. Supongo que me sale el instinto protector.

Miranda puso los ojos en blanco y continuó caminando. El viaje hasta el punto de reunión estuvo despejado. No era algo de extrañar, dado que el oxígeno se había cortado a las nueve de la noche, como de costumbre. El gran temor que tenía Miranda era cruzarse con algún policía o escuadrón de las Brigadas de Tierra o Aire, pero por fortuna no había sido el caso.

Un par de hombres con pasamontañas los esperaban en la esquina más oscura del callejón en el que les habían citado.

—Llegáis tarde —murmuró el más escuálido con voz apurada.

—Hemos tenido que desviarnos —se excusó Jax.

Aquellas dos personas se aproximaron a su encuentro. Miranda notó el brillo inteligente de sus ojos.

—Bien, pero que no se repita —concedió al final el enmascarado más alto. Debía ser el que estaba al mando de ese pequeño

escuadrón, aunque por la voz de ambos Miranda hubiera jurado que rondaban su edad. Se estremeció cuando el de mayor altura le clavó la mirada—. ¿Es la policía?

Jax asintió.

—Miranda Rodríguez —confirmó.

Ella aprovechó para tenderle la mano. El chico pareció dudar, pero al final terminó por estrecharla con rapidez.

—Los Desechos te saludan, Miranda —asintió—. Estamos muy impresionados con las capacidades de tu droide.

—No me cabe duda.

Esta vez fue el otro Desecho el que habló.

—El camión de transporte llegará en apenas dos minutos —avisó, mientras consultaba su reloj.

—Muy bien —respondió el otro, girándose después hacia Jax y Miranda—. Ya conocéis el plan. Seamos lo más discretos posible, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintieron ambos.

Zanjadas las presentaciones, todos tomaron posiciones a lo largo del callejón. Tal y como le había explicado Jax, el plan iba a ser detener el camión, extraer uno de los droides del mismo y trasladarse a un lugar seguro para poder manejarlo. Después colocarían el núcleo de Red en él, lo activarían y se marcharían los tres juntos de vuelta a casa cuando se produjera el nuevo apagón. Jax había propuesto que entre él y Miranda cargasen con el droide hasta el apartamento, pero la agente le había quitado la idea de la cabeza después de hacerle ver la locura que era transportar aquella pesada masa inerte en la oscuridad y con los segundos contados. Iban a tener que despertarlo, fuera como fuese.

El tiempo hasta que el vehículo entró en el callejón resultó agónico. El transporte en cuestión, a diferencia de la enorme mayoría de los vehículos flotantes de la ciudad, se trataba de un enorme armatoste con tres ruedas a cada lado y capacidad para unas cien personas siempre y cuando fueran bien apiñadas como sardinas en lata.



Miranda se tensó cuando escuchó a los Desechos hacer la señal de aviso. Apenas un segundo después se lanzaron delante del camión.

Por protocolo o por instinto, el conductor frenó con brusquedad. Aquel segundo de duda fue suficiente para que los Desechos colocaran una pequeña carga de detonación controlada sobre la puerta del conductor y otra sobre la del lateral.

—¡Fuego! —exclamó el más pequeño, y unas chispas destrozaron los seguros sin hacer apenas ruido.

El Desecho más alto se abalanzó sobre el conductor, quien no tuvo tiempo de defenderse. Lo mismo ocurrió con la escolta del vagón; fue reducida por el más escuálido, que se encargó de ella con una habilidad sorprendente para su complejión.

—¡Ahora! —exclamó Jax.

Las piernas de Miranda estaban moviéndose mucho antes de que ella misma fuera consciente de lo que estaba ocurriendo. En apenas unas zancadas llegaron hasta el enorme camión y saltaron al interior de su apertura lateral. Jax encendió un haz de luz que iluminó la estrambótica escena: decenas y decenas de androides modelo RD descansaban completamente erguidos, con los ojos abiertos clavados en el infinito y amontonados como pelirrojos muñecos de cera sin vida. Sus ojos reflejaban la luz de forma espeluznante.

Miranda sintió un vuelco en el estómago. La elección iba a ser fácil: todos esos droides eran idénticos hasta la médula. La agente había pensado que cuando llegase el momento encontraría entre aquella cantidad de réplicas uno que le recordase más a Red. Un mínimo detalle que lo diferenciara del resto. Tal vez un mechón mal peinado. O una ceja más curvada de la cuenta. Pero no; era imposible distinguirlos unos de otros.

Todos aquellos androides de pelo cobrizo y ojos verdes, nariz respingona y rostro marcado por las pecas llevaban el uniforme clásico de la Policía Artificial del Estado: un sobrio chaleco con su número de lote pintado en la espalda. Era el único rasgo que podía diferenciarlos unos de otros.



Miranda se aproximó a uno de la primera fila y leyó su numeración.

RD-775.

Red había sido RD-248. Siempre decía que le gustaba que su composición fueran números pares porque le daba la sensación de que creaba cierta armonía. Pero Red todavía no estaba con ellos, por lo que no tenía ni voz ni voto. El siete era un número con el que Miranda se sentía cómoda y el cinco no le disgustaba, así que no hizo falta darle más vueltas.

—Este —señaló.

Jax se agazapó para comenzar un rápido examen sobre el estado del droide. En apenas unos diez segundos alzó el pulgar en señal de aprobación.

—Parece que no tiene fallos. Ayúdame a bajarlo.

Hizo falta alguna que otra blasfemia por parte de ambos para poder cargar el cuerpo de RD-775 fuera del camión. Los Desechos los siguieron con la mirada sin dejar su puesto como vigías mientras Miranda y Jax se alejaban al callejón contiguo cargando con el droide en brazos. La policía notó cómo Jax y el Desecho de más estatura intercambiaban un asentimiento. Lo interpretó como una señal de que todo estaba saliendo como estaba previsto y que debían estar preparados.

Jax guio a Miranda hasta una zona oscura y cobijada detrás de varios contenedores de basura. Ese escondrijo temporal tampoco debía estar vigilado por cámaras, pero preferían mantenerse ocultos mientras operaban. Como buen electricista, Jax se lanzó manos a la obra y destapó agujeros ocultos, toqueteó cables y apretó ciertos puntos con una maestría envidiable mientras Miranda vigilaba el callejón.

Unas voces llegaron desde la paralela donde habían abandonado a los Desechos, pero Miranda las ignoró por completo cuando de pronto RD-775 se irguió.

—¡Hola! —exclamó a viva voz a través del sistema de escucha—. Mi nombre es RD-775. ¡Encantado de conocerlos!



—¡Shhhh! —chistó Miranda por lo bajo—. ¡Bájale la voz, joder!  
—¡Estoy en ello! —gruñó Jax.

Debió de toquetear algo bien, porque la siguiente vez que RD-775 habló lo hizo en susurros.

—Tú debes ser mi técnico de montaje. ¿Quieres que comencemos con mi configuración inicial?

—Por Dios, sí —gimoteó el electricista.

Miranda notó el sudor transpirando a través de su ropa.

—¡Estupendo! —RD-775 hizo una especie de sonrisa que más bien pareció una mueca de asco. No parpadeaba en ningún momento. Era muy extraño de contemplar—. ¿Cuál es mi destino oficial?

—Tengo un núcleo que quiero insertarte —comunicó Jax con rapidez—. Carga los protocolos de recuperación de datos.

—Cargando los protocolos de recuperación de datos —afirmó el droide—. Advertencia: el sistema estará en mínimos operativos mientras se realiza la carga.

—Joder... ¿Cuánto vas a tardar?

—Cerca de quince minutos.

—No tenemos quince minutos —terció Miranda, justo antes de volver a captar un sonido proveniente del otro callejón. ¿Por qué ya no se escuchaban las voces?

—Ya lo sé —suspiró Jax—. Vamos a ver, droide. ¿Podrás caminar mientras estás cargando los datos?

—Afirmativo —contestó el susodicho con gran jovialidad en su voz—, ciertas funciones motoras seguirán activadas y caminar es una de ellas. Sin embargo, seré incapaz de articular palabra hasta que haya terminado la carga.

—Perfecto —sonrió Jax—. Vamos a hacerlo así: voy a insertarte el núcleo y tú vas a asegurarte de seguir pegado a nosotros en todo momento, ¿queda claro?

—¡Claro cristalino! —exclamó el droide con alegría.

Miranda puso los ojos en blanco. Sonaba tanto a Red... y a la vez tan poco.

—Bien. Allá vamos —concluyó Jax, dando una vuelta alrededor del droide para situarse a la altura de su nuca. Presionó de una forma concreta con su herramienta y el pequeño compartimento del núcleo se abrió. Extrajo el de RD-775 y extendió la mano hacia Miranda. Ella le entregó el núcleo de Red, el cual Jax colocó en un abrir y cerrar de ojos. Era un palmo más alto que la máquina y no le hacía falta ponerse de puntillas.

Otra vez un sonido en la paralela del camión. Como algo desprendiéndose.

O un cuerpo cayendo al suelo.

—Algo no anda bien —terció.

Alzando la pistola en dirección de la calle contigua, encaminó sus pasos hacia allí. Detrás, Jax parecía que ya casi había terminado.

—Un retoque más y ya estaremos... —musitó—. Vamos bien de tiempo. El apagón será en cinco minutos.

Pero Miranda apenas lo escuchaba. Pegó el cuerpo a la pared y giró el recodo con movimientos rápidos.

Nada. La calle estaba vacía. La luz llegaba de la callejuela en la que se había detenido el camión e iluminaba un charco a la entrada de la misma. Por un segundo pensó que se trataría de lluvia, pero no se había programado ninguna para ese día.

Avanzó con cautela hasta que pudo darse cuenta de que se trataba de sangre.

Con cuidado, asomó el cuerpo hacia el interior del callejón. El hedor a muerte atravesaba la máscara y el rojo escarlata cubría la escena. Si no fuera porque unos minutos antes Miranda había conocido a los Desechos, hubiera sido imposible afirmar que aquellos pedazos de carne eran restos humanos. Las salpicaduras adornaban las paredes de la calle y del camión. Lo que quedaba de los aliados de Jax estaba sobre sus propios charcos de sangre. Los cuerpos del conductor del camión y su escolta descansaban junto a ellos, con todas sus entrañas dentro, pero con el cuello girado en un ángulo imposible.

Solo había podido ser cosa de las Brigadas.



Y ella había dejado a Jax a solas.

—Mierda —masculló.

Sin preocuparse por el ruido que estuvieran haciendo sus zapatos, corrió de vuelta al escondrijo donde estaban el electricista y el droide. El corazón le dio un vuelco cuando se encontró con Jax sin respiración y los ojos tan abiertos que parecía que fueran a salirse de sus órbitas. Una espada luminiscente atravesaba su pecho por la espalda.

—¡No! —exclamó, dándose cuenta al instante de que acababa de sellar su destino.

Su grito llamó la atención del agresor, quien giró el cuello lentamente hacia ella. Como un tiburón que vislumbra una nueva presa.

Era un hombre. Le sacaba por lo menos diez centímetros de estatura. Vestía un uniforme y abrigo negros. ¿Sería la Brigada de la Tierra? No, ellos no actuaban así. No, tenía que tratarse de la Brigada Oscura, sin duda. Su rostro estaba oculto con una máscara transparente de adornos plateados que dejaba entrever su mirada tenebrosa y sus pómulos marcados. Y ese pelo...

Miranda nunca olvidaría aquella cortina de oscuridad.

—Tú... —murmuró.

No podía ser real. No podía estar ahí.

Sus dudas fueron suficientes para que él atacase primero. Con una sacudida seca, extrajo el cuchillo del pecho de Jax, haciéndole caer al suelo. Cuando Miranda consiguió alzar la pistola para disparar, su agresor estaba apenas a un par de pasos de ella. Se movía como una pantera: en silencio y demasiado rápido.

Miranda disparó dos veces. Pecho y cabeza. Él esquivó los tiros con una agilidad felina: saltó a un lado primero y se encogió después. Sabía que iba a reducirlo disparando en ese orden y lo había aprovechado como una ventaja.

Con un simple movimiento, la desarmó. La mano fue a parar a su cuello y la elevó con la misma facilidad con la que levantaría un conejo.

Miranda tenía la tráquea obstruida. Pero eso no era lo peor: era mucho más aterradora aquella mirada. La espada en su mano. No poder rozar el suelo ni siquiera con la punta de los zapatos.

Intentó golpear sus brazos. Pataleó moviendo las piernas. La respuesta de él fue estampar su cuerpo contra la pared. Miranda notó algo espeso y caliente brotando de su cabeza. Estaba bastante segura de que estaba sangrando.

—¡Red...! —intentó llamar al droide con un hilo de voz, pero fue en vano. Lo buscó con la mirada: se encontraba tirado sobre el asfalto junto al cuerpo de Jax. El agresor debía haberlo derribado cuando atacó al pobre electricista. Ambos estaban cubiertos de su sangre, pero con la diferencia de que la boca de Jax estaba grotescamente abierta y sus ojos se volvían opacos por segundos.

Y lo que a ella le esperaba no era distinto.

El cazador de la Brigada Oscura blandió la espada. Se estaba preparando para ensartarla como a un cerdo.

Miranda hizo un último intento desesperado. Extendió sus brazos, golpeando los de él y alargándolos hasta sujetarlo del abrigo. Tiró con fuerza hacia sí, como si aquello fuera a servir de algo más que para malgastar su último aliento. El labio de él se curvó, como si estuviera a punto de sonreír. La agente fijó los ojos sobre los del cazador y frunció el ceño con mirada desafiante: si iba a morir, lo haría con todo el honor que pudiera llevarse a la otra vida.

Algo de su furia debió verse a través de la pequeña franja del pasamontañas, porque la sonrisa del cazador se quebró de repente. Parpadeó con confusión, como si quisiera ver más allá de sus cejas castañas y sus tupidas pestañas. Concentró su mirada todavía más en ella. Miranda comenzaba a ver pequeños puntos estrellados; los párpados le pesaban.

De pronto, se sintió caer. Aterrizó sobre el suelo, golpeándose el rostro contra el asfalto. Cuando tuvo fuerzas para controlar sus brazos, se irguió lo justo para mirar al frente.

Ahí estaba él: casi pegado a la otra punta de la calle, con el rostro desencajado del horror. La espada temblaba en su mano. Los



pasos se debatían entre acercarse y retroceder, indecisos, hasta que al final algo hizo al cazador salir del escondite y abandonar la calle tan rápido como una sombra.

Sí, era él.

Y sí, él también la había reconocido.



# 4



## ¿Te has saltado una norma del Estado?

No te preocupes, no te ocurrirá nada malo. A no ser que la Comisión de Infracciones juzgue tu desliz como intolerable, claro. En ese caso, la Ascensión será tu castigo!

Débil.

No existía otra palabra en la lengua común capaz de definirlo de una manera tan perfecta. No cuando había tenido a su objetivo, a su presa, tan al alcance de la mano y aun así había decidido dejarla escapar.

¿Lo había *decidido*? Zeke no lo tenía claro. En el momento en el que había reconocido los ojos de Miranda debajo del pasamontañas, habían cruzado su mente muchos pensamientos. Odio. Asco. Rabia. Pero también una sensación muy distinta y reconfortante. Tranquilizadora. Apaciguadora hasta el punto de haberle hecho abrir la mano y soltar su cuello.

El señor Xen no iba a estar nada contento. La vergüenza le hacía arder el rostro. No había forma humana de prepararse para lo que estaba por venir. No iba a hacer falta comentarle nada a su superior; él ya lo sabría todo la próxima vez que le llamara. Así funcionaban las cosas. El gran ojo estaba siempre mirando. El Estado nunca descansaba. Amaba y castigaba a partes iguales, y en

el momento en el que llegase, la represalia sería todo lo contundente que ellos juzgasen, por mucho que Zeke suplicara.

Tenía que haberla matado. Pero no podía ser así, en un callejón frío y oscuro, sin haberlo premeditado. No podía arrebatarse la vida sin concederle el honor de disfrutarlo como se merecía. No después de todo lo que habían vivido.

Zeke regresó a la oficina y dejó que el tubo morado fluorescente absorbiera los premolares de los dos Desechos que acababa de matar. No le había dado tiempo de recoger uno del hombre moreno que estaba con el droide, pero de todas formas no recordaba su cara de ninguno de sus informes. Si pertenecía a alguno de sus compañeros, la Brigada Oscura se encargaría del resto.

Y en cuanto a los trabajadores del camión...

Zeke suspiró. No le gustaba trabajar delante de civiles. Siempre hacían preguntas. ¿Quién eres? ¿Por qué llevas esa espada? ¿Qué quieres de nosotros? Zeke no estaba autorizado a responder a ninguna de sus dudas, y con tal de que al día siguiente ninguno de ellos se presentase en un edificio gubernamental a pedir explicaciones, el resultado solía ser acallarlos de la manera más eficiente posible. Así lo preferían *ellos*. Zeke ya imaginaba los titulares: «Dos trabajadores de la Industria Tecnológica son asesinados a sangre fría por terroristas Ascendidos. El Estado ya se ha ocupado de castigarlos como se merecen».

Zeke no pudo evitar relamerse pensando que cuando amaneciese podría recoger cinco bandejas de carne del supermercado. Placeres culpables del oficio.

Sin embargo, estaba el asunto del droide. ¿Por qué Miranda Rodríguez y sus simpatizantes se habían arriesgado a pisar la calle durante la noche para secuestrar a una máquina?

Zeke echó mano de sus archivos hasta encontrar el documento de la chica. Lo leyó con tal rapidez que se saltaba renglones sin quererlo, fruto de la ansiedad por encontrar una respuesta. Y ahí estaba: un breve relato de la última vez que se había visto a Miranda en las instalaciones de Dreamland. La agente, además de



organizar un rescate de su amigo paliducho, había coaccionado a Uma Sharma y un par de viejos más. Había que tenerlos bastante gordos para tocarle un pelo a la Madre de Dreamland, pero ella lo había hecho. Lo más seguro era que ese hubiera sido el momento en el que la Comisión de Infracciones había decretado su Ascensión.

Un detalle interesante captó su atención. A pesar de que Miranda y sus amigos se habían cargado las cámaras para tener algo de privacidad, se había revisado después el lugar de los hechos y se había anotado que el droide que acompañaba a Miranda durante su escarceo con la Madre no portaba su núcleo. La máquina era un modelo RD. Zeke no podía afirmarlo con total seguridad, pero juraría que el androide que había estado manipulando el hombre moreno tenía el pelo cobrizo.

Una sensación agria nació en el estómago del cazador y se elevó hasta aprisionarle la garganta. Un droide. Miranda Rodríguez había arriesgado la vida de sus tres aliados por recuperar un mísero droide.

El rostro le ardía. La sensación de vomitar era cada vez más fuerte. No lo entendía. No era capaz de comprenderlo. Miranda, arriesgándolo todo por una tostadora con dientes. Una máquina inerte que solo sabría hacer cálculos y reírle las gracias.

Estaba salvando a un androide después de lo que le había hecho a *ella*.

Zeke tuvo que tomar asiento. Las piernas le temblaban del mareo. Necesitaba respirar. Necesitaba un poco de ácido. Pronto llamaría al señor Xen y no iba a estar preparado.

Hizo una rápida consulta mientras se colocaba la pequeña tableta sobre la lengua. En Dreamland ya circulaba la noticia de que un pequeño grupo de Ascendidos había asesinado a los transportistas de un camión de droides. Modelo RD. Zeke tomó nota de la calle y marcó un radio de unos veinte kilómetros de distancia. No podían estar escondidos mucho más lejos. Sería inviable para su pequeña operación.



Siguió consultando la red, buscando cosas extrañas que hubieran sucedido durante la noche. Tardó cinco minutos en encontrar algo interesante: un apagón de unos pocos minutos que recogía casi en su totalidad el radio que había marcado.

Los ojos de Zeke brillaron en la oscuridad.

—Ya te tengo... —musitó.

Justo en ese momento llegó la llamada del señor Xen. Zeke se irguió todo lo posible y aceptó la llamada. Esta vez no se cargó una simulación: se desplegó la pantalla aérea y el avatar calvo de ojos rasgados del señor Xen apareció en ella. Estaba sentado en su oficina, con todas sus condecoraciones colgando del traje y varios diplomas haciendo de fondo. Tenía una mano sobre la barbilla, rascándose el mentón de forma pensativa.

—Zeke... —murmuró, casi sin energías—. Zeke, Zeke, Zeke. ¿Qué voy a hacer contigo?

El cazador sintió el mundo hundirse bajo sus pies.

—Lo siento muchísimo, señor Xen. He cometido un desliz imperdonable.

—¡Y tanto! —exclamó su superior, mucho más seguro de lo que Zeke esperaba—. ¿Cómo crees que se está tomando esto la Comisión de Infracciones, Z? ¿Cómo cojones puedo dar la cara por ti si no has sido capaz de matar a tu vieja amiga?

A Zeke se le revolvió el estómago. *Amiga*. Era un término demasiado amable para lo que ella merecía.

—Miranda y yo fuimos compañeros, señor —admitió Zeke, asegurándose de poner hincapié en la palabra *compañeros*—. Verla ha supuesto un *shock* más grande del que esperaba. No volverá a repetirse.

—Lo que me asegures ahora mismo que vaya a pasar no vale nada, Zeke —espetó el señor Xen—. Sé que los dos tenéis una historia, pero el hecho de que te dejes seducir por vuestro pasado común es *muy* grave.

—Lo sé —admitió Zeke, agachando la cabeza.

—La Comisión está hablando ya del tema. Ni siquiera se ha sugerido repatriarte, Zeke. Quieren adoptar las medidas más severas.

Tenemos que ofrecerles algo que les haga ver el activo que están perdiendo.

El cazador apretó la mandíbula.

—Entrégume todos mis encargos de lo que queda de mes —propuso. El señor Xen alzó sus espesas cejas por la sorpresa—. No solo los de la Brigada, también los de los demás departamentos. Los terminaré antes de que mañana se ponga el sol.

—Vaya. Esa sí que no me la esperaba. —Su superior torció el labio con ese gesto de aprobación que tanto le gustaba—. Estamos a día cinco. ¿Eres consciente de ello?

—Sí —contestó Zeke sin pensar.

El señor Xen se dejó caer en la silla mientras asentía con aprobación.

—Bien. Muy bien, Zeke. Incluso si no puedes atrapar a Miranda y a sus amigos, esto puede ser provechoso. Creo que podría hacer que las represalias por tu pequeño desliz fueran más... *leves*. —Hizo un pequeño silencio mientras sopesaba la situación hasta que terminó por dar una palmada sobre la mesa—. Venga, intentémoslo. Creo que esto te vendrá bien para recordar quién eres. Te haré llegar todos los expedientes enseguida.

«Recordar quién eres», se repitió Zeke.

—Muchas gracias por la oportunidad, señor Xen —dijo Zeke, sintiendo cómo se destensaba un poco el nudo de su estómago.

—No me lo agradezcas hasta que esto haya terminado, Z. Hazme sentir orgulloso.

La imagen del señor Xen desapareció. Había colgado.

Zeke no tuvo tiempo para suspirar de alivio. Tenía trabajo que hacer.



Fundido con la noche y el clamor de la sangre, los recuerdos comenzaron a llegar purga tras purga.

Miranda Rodríguez. Sus ojos inteligentes. Su coleta oscura.

Zeke intentaba rechazar las imágenes, pero no dejaban de ahogarle cada vez que hundía el cuchillo en una nueva víctima.

Acababa de cumplir los dieciséis cuando la vio por primera vez. Llevaban una semana en la Academia. Todos los profesores ya hablaban de ella como la alumna prodigio y Zeke no podía soportarlo.

La buscó un día a la hora del almuerzo. La retó delante del resto de sus compañeros y de algunos profesores. Ninguno se opuso. Nadie hizo nada por pararlo. Miranda lo observó a través de las pestañas, se recogió el pelo y alzó los puños.

La pelea fue complicada y larga. Zeke estaba entrenado, pero no lo suficiente. Al menos, no tanto como ella. Al final, Miranda le hizo una llave con la que, si quisiera, hubiera podido partirle el cuello con las piernas. Zeke la observó, desafiante, pero ella soltó el amarre, recogió lo que le quedaba de su almuerzo y se marchó a la siguiente clase.

Vergüenza. Ira. Rabia. Las imágenes se agolpaban en su cabeza como un remolino sin orden. Era complicado recordar lo que había sido y separarlo de todas aquellas situaciones que había imaginado, donde siempre salía victorioso. Lo cierto era que Miranda era mejor que él, una estudiante impecable, todo el mundo la señalaba como la nueva favorita de la Academia. Por mucho que Zeke se esforzase, no conseguía estar a la altura. Y eso le hacía hervir la sangre.

Pero entonces un buen día Miranda tomó asiento junto a él mientras tomaban la comida. Zeke se puso nervioso. ¿Iban a pelear? ¿Ahí?

Sin embargo, la chica no parecía querer enfrentarse de nuevo a él. Le tendió un pedazo del pan que había ganado como premio por sus últimas puntuaciones en el *ranking* de la semana. Una ofrenda de paz. Sonreía. Zeke no quería hacerlo, pero también.

Interés. Expectación. Camaradería...

Deseo.

Zeke y Miranda iban juntos a todas partes. Unos rivales inseparables. Nunca se regalaban una victoria el uno al otro, pero juntos formaban un equipo excelente. Aprendieron el uno del otro. Miranda le enseñó técnica y paciencia. Zeke le mostró cómo conseguir lo que necesitaba. Ella desarrolló su inteligencia y se convirtió en una impecable tiradora. Él se especializó en hurgar donde nadie más quería y en moverse entre las sobras. La chica siempre estuvo por encima de él en el *ranking*, hasta en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, pero ambos consiguieron guardar una gran distancia respecto al resto de la clase que resultó insalvable para los demás cadetes.

Buenos tiempos. Demasiado buenos. A Zeke le entraban ganas de vomitar con solo recordarlos y revivir cómo se le iluminaba el rostro a Miranda cada vez que sonreía.

No. Tenía que concentrarse. El señor Xen contaba con él. Su propia vida dependía de cuántas almas cazase.

Nada de recuerdos bonitos. Nada de charlas nocturnas. Nada de visitas a lugares de fantasía a través de los servidores de Dreamland. Nada de sonrisas furtivas.

Ogin. Tenía que recordar a Ogin.

Zeke *tenía* una hermana. Un año menor. Era idéntica a él, solo que con los hombros menos cuadrados y el cabello todavía más largo. Sus padres decidieron que querían tener otro hijo, esta vez una niña, y adquirieron un plan de Expansión Familiar para poder conseguirlo. Costaba mucho más que la licencia para el primer descendiente. Era un dinero que apenas podían permitirse y que con el tiempo los llevó a la ruina. Fueron Ascendidos al cabo de unos años, pero Zeke se enorgullecía de todas las decisiones que habían tomado sus padres. Lo dieron todo por traer a una persona más al mundo. Y su misión era cuidar de ella.

Ogin. Significaba «rosa salvaje» en el idioma de sus ancestros. Sus padres se lo habían puesto porque así era ella: vibrante, incansable, risueña, *salvaje*. Lo más seguro es que ese fuera el motivo por el que Miranda y ella congeniaron tan bien. Comenzaron a verse



sin él. Zeke sintió todo tipo de celos, pero no podía interponerse. Por mucho que le doliera, las veneraba a ambas. Que fueran felices era su prioridad.

Ogin empezó el primer curso de la Academia cuando Miranda y Zeke comenzaban el segundo. Quería seguir los pasos de su hermano y convertirse en una policía del Estado. Destacaba, como era obvio, y eso hacía sentir a Zeke muy orgulloso.

Ahí fue cuando Miranda mostró su verdadera cara. Comenzó a distanciarse. Pensó que querría hacerlo así porque en unos meses llegarían sus Pruebas de Valor, lo que les haría competir por los mismos puestos. Tenían que estar a la altura si querían conseguir la mejor plaza, y Zeke sabía que Miranda se la quedaría. Tenía mayor puntuación acumulada que él y estaba seguro de que bordaría la exhibición final ante el tribunal. No le importaba quedarse con algo de menor categoría, ella se lo había ganado.

La cosa cambió cuando Miranda cometió la imprudencia de asesinar a su hermana.

Zeke sentía la bilis en la garganta solo de recordarlo. La noche en vela esperando que Ogin regresase a casa. La agonía cuando no la encontró al día siguiente en la Academia. El rector aproximándose a paso lento y con el ceño fruncido, como si odiase tener que ser él quien le diera la noticia.

—Zeke, tengo que hablar contigo...

No. No, no, no, no.

*Sangre. Un cuchillo que perforaba en vertical la piel.*

Ogin estaba muerta. Miranda la había matado.

*El rojo teñía sus manos. Para aquel hombre el mandoble hubiera sido más adecuado.*

Era su culpa. Siempre lo había sido.

*Ninguno iba a escapar. Ninguno podía esconderse. De esa forma recordaría quién era.*

¿Y si era su culpa por haber permitido que Miranda se acercase tanto a su hermana?

*El crujir de la mandíbula al partirse era maravilloso. Iba a tener que recoger tantas bandejas de carne en el supermercado que no le iban a caber en casa.*

No, era culpa de ella. Solo de ella.

*Ya amanecía, pero la matanza debía continuar. En las sombras. Lejos de los ojos de los demás.*

Miranda era una farsante. Una traidora. Ella había condenado a su hermana.

Y él se lo iba a hacer pagar.







### ¿Echas de menos a esa persona que ya no está?

Nosotros también. Por eso, hemos diseñado la herramienta definitiva para que puedas resucitar a los que han pasado a mejor vida con un solo clic.

La muerte ya no es un problema con Dreamland. Tus seres queridos, siempre al alcance de tu mano.

Miranda no tuvo que acariciarse las mejillas para saber que las tenía empapadas de lágrimas.

Ni siquiera estaba segura de lo que había ocurrido después de que Zeke se marchara sin acabar con su vida. Las imágenes eran confusas y se entremezclaban en su mente.

Sabía que había pasado varios minutos ahí, tirada en la calle, intentando recordar cómo respirar. Ya no tenía la mano del cazador rodeando su cuello, pero tenía una opresión en el pecho que le mermaba el aire con cada bocanada.

De alguna forma había conseguido levantarse y acercarse hasta Jax. Miranda le tomó el pulso e intentó hacerle una reanimación cardiopulmonar, pero no había nada que hacer. Cogió su arma y rebuscó bajo su ropa hasta dar con la Memoria que Jax llevaba colgada del cuello. Tiró de ella y la arrancó, confiando en que aquello

fuera a darles algo más de tiempo. Después observó con tristeza el chip sobre la palma de su mano. Ese había sido el momento en el que habían empezado a aparecer las lágrimas.

—Red, necesito que te levantes —murmuró al droide, con voz entrecortada—. ¡Red!

La máquina reaccionó tal y como le había anunciado que lo haría: sin mediar palabra y con movimientos erráticos, se puso de pie. Sus funciones motoras supletorias como el parpadeo de los ojos o el movimiento del pecho para simular la respiración humana estaban desactivadas. El androide solo parecía ser capaz de obedecer algunos comandos de voz sencillos.

Miranda no estaba segura de la hora, pero el apagón llegaría pronto y más les valía estar preparados.

—¿Puedes correr? —preguntó, mientras tiraba de él para que comenzara a caminar.

RD-775 no contestó.

Miranda se enjuagó las lágrimas con las mangas del abrigo y se irguió con decisión. Todo lo que habían hecho había sido para resucitar a Red y llevarlo a un lugar seguro, así que eso era lo que iba a hacer.

—Mantente detrás de mí —le ordenó—. Sigue el ritmo de mis pasos. Distancia máxima de cuarenta centímetros.

El robot no hizo ninguna señal de haber procesado la orden, pero siguió de cerca a la agente cuando esta se encaminó hacia la salida del callejón.

Moveirse era lento. Miranda tenía que caminar pegada a las sombras de los edificios, desplazándose por donde recordaba que ninguna cámara pudiera grabarlos. Incluso así era arriesgado andar por la calle sin contar con otro par de ojos vigilantes. Una patrulla podría aparecer a la vuelta de la esquina y todo habría acabado.

La bilis le subió a la garganta al recordar lo que había ocurrido en el oscuro callejón. Hacía tanto tiempo que se había rendido... Pero, contra todo pronóstico, ahí estaba él. Había aparecido de

entre las sombras para volver a ser engullido por ellas, llevándose tres vidas a su paso. Y podrían haber sido cuatro.

Él había querido que fueran cuatro.

Su mente volvió a la imagen del camión de droides. Los cuerpos destrozados. La sangre.

Zeke siempre había tenido un carácter complicado, pero aquello superaba cualquier nivel que nunca antes se hubiera atrevido a cruzar. Lo habían asalvajado. *Ellos* habían cogido a un chico rabioso y lo habían convertido en un animal.

Miranda apretó la culata de la pistola hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Las piezas comenzaban a encajar en el puzle que había sido la tragedia de los hermanos Kiowa y la desaparición de Zeke de una forma que no le gustaba nada. Sin embargo, el chico había soltado su cuello al reconocerla. Era la única certeza que le quedaba de que, en algún lugar muy en el fondo, el Zeke que Miranda conocía quizá podía seguir existiendo.

No quería aferrarse a esa clase de sentimiento. Ogin ya no estaba con ellos, algo en lo que Miranda nunca podría pensar sin sentir la dolorosa punzada de culpabilidad. Zeke pertenecía a la Brigada Oscura; su alma ya había sido corrompida y sus posibilidades de salvación eran casi inexistentes. Estaba segura de que, la próxima vez que sus caminos se cruzasen, Zeke no tendría ninguna clase de piedad. No iban a permitirselo. Y ella debía estar preparada para ese momento.

Llegaron a una pequeña calle que ya no les permitía avanzar más sin descubrir su posición. Aguardaron en silencio y pegados a la pared durante minutos que parecieron horas. Varios deslizadores cruzaron el cielo por encima de sus cabezas, y a pesar de que Miranda pensó que los encontrarían por culpa de lo alto que bombeaba su corazón, las sombras los mantuvieron ocultos a los ojos de las Brigadas.

Un chisporroteo cruzó el aire. Y, de pronto, las luces se apagaron.

—¡Vamos! —exclamó Miranda, al tiempo que echaba a correr.



Daba igual mantenerse escondidos o no porque ninguna cámara estaba mirando. Cruzaron en línea recta a través de la avenida, atravesando después la enorme plaza corriendo sin parar. Miranda se giró un momento para comprobar que el droide la seguía a buen ritmo, y aunque iba algo más despacio que ella, recorría la distancia con amplias zancadas. El ruido de sus piernas al moverse era molesto, chirriante, como si no estuvieran lo suficiente engrasadas, pero no tan alto como para que las familias de los primeros pisos se asomasen a las ventanas para ver lo que pasaba fuera.

La verdadera dificultad llegó cuando alcanzaron el edificio en el que vivían Eva y Jax y el droide se vio sobrepasado por las escaleras. Le resultaba imposible mantener el ritmo, por lo que subía un peldaño tras otro casi como si estuviera andando.

Miranda comenzó a notar un sudor frío bañándole la espalda. No iban a lograrlo.

Descendió de un salto los escalones de ventaja y se situó detrás del droide. Apoyó las manos sobre su espalda y empujó con todas sus fuerzas. Aquello ayudó a la pesada máquina a subir la escalera más deprisa, aunque parecía que no fuera a ser suficiente. Llevaba la cuenta del tiempo que ya habían pasado a oscuras y les quedaba cosa de segundos. Le hubiera gustado saber rezar, porque parecía el momento apropiado para pedir un milagro.

Los pisos que debieron subir se hicieron eternos. Contaba con la suerte de que el apartamento de Eva y Jax no estaba en una altura muy pronunciada. De haber sido de otro modo, no hubieran llegado ni a la mitad. Miranda dio un último empujón al cuerpo renqueante del droide cuando por fin divisaron el pasillo correcto y tiró de él para guiarlo hasta la puerta. Se desplomó sobre esta, golpeándola suave, pero con una constancia ensordecedora.

La puerta se abrió y Miranda tiró del droide hacia dentro del hogar. Apenas un segundo después, la puerta ya estaba cerrada de nuevo.

En la oscuridad que reinaba el pasillo, Miranda distinguió la temblorosa figura de Eva. Llevaba un arma en la mano; estaba apuntándole al pecho.

—¿Dónde está Jax? —inquirió.

La luz volvió. La lámpara junto a la puerta se encendió y un haz se coló por la ventana que daba a la calle desde el salón. Los ojos de Eva estaban llenos de lágrimas y la pistola con la que estaba apuntando a Miranda temblaba en su mano.

—Eva... —intentó empezar, pero la mujer le cortó.

—¿Dónde está Jax, Miranda? —repitió, esta vez con la voz todavía más alterada.

La agente notaba la boca seca. Nunca era fácil dar esa clase de noticias. Menos todavía cuando ella había tenido algo que ver.

—Nos sorprendió un cazador de la Brigada Oscura —confesó, dejando caer los hombros—. Lo siento muchísimo...

Eva no pudo soportarlo más: de golpe y de pronto rompió a llorar. Era un lamento sordo, intentando no hacer nada de ruido a pesar de cómo su mayor temor acababa de hacerse realidad. Se encogió sobre sí misma, abrazándose y con los hombros convulsionando con cada arranque de lágrimas.

Miranda quería abrazarla, pero no sentía que tuviera ese derecho. No después de que su despiste le hubiera costado la vida a Jax. En lugar de eso, sacó del bolsillo la Memoria que había pertenecido al electricista y la colocó sobre la mano de Eva.

—Lo siento mucho —repitió, como si aquello fuera a ayudar algo.

La tristeza atenazó a Eva al ver la Memoria. Se aferró a ella como quien se aferra a un salvavidas y, sin dejar de llorar, apoyó la espalda sobre la pared y se deslizó hasta llegar al suelo. Soltó el arma y apretó la Memoria contra su pecho.

La agente se acercó a ella con cautela. Se agachó y colocó una mano sobre el hombro de Eva, apretándolo con moderada fuerza. Ella levantó la cabeza y la observó a través de los mechones pelirrojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

—El cazador nos estuvo acechando hasta que me despisté y le atacó. Después vino a por mí.



La furia regresó a los ojos de Eva.

—Y, aun así, aquí estás. Espero que haya merecido la pena.

No tuvo que decir nada más para que Miranda entendiera a qué se refería. «Aquí estáis tu droide y tú cuando el que debería haber vuelto es Jax». No se lo reprochaba. Si pudiera cambiarse el puesto con el del pobre electricista, lo haría sin dudar.

—No sabes lo mucho que lo siento, Eva —repitió por enésima vez—. Solo puedo asegurarte que me haré cargo personalmente de eliminar al cazador que le ha hecho esto a Jax.

La mirada de Eva seguía siendo fría, acusatoria.

—Dijiste que ibas a protegerlo —murmuró.

La bilis volvió a subírsele hasta la garganta. Eso había dicho, sí. ¿Y qué era lo que había conseguido?

—Eva, te prometo que Lizzy y tú vais a estar bien. Ahora que tengo a Red, vamos a poder protegeros de cualquier cosa.

Eva respondió sin parpadear.

—No podéis quedaros aquí.

Miranda negó con la cabeza.

—Eva, por favor. Si nos echas ahora, el sacrificio de Jax habrá sido en vano. —Era muy ruin usar ese argumento, pero al fin y al cabo era cierto—. Necesito que me dejes unas veinticuatro horas para que Red termine de configurarse y tracemos un plan. Solo te pido eso.

Un día era pedir demasiado, pero había que intentarlo.

Eva torció el labio.

—¿Solo me pides eso? ¿En serio, Miranda? ¿En serio me hablas así?

La agente ya no sabía cómo continuar. Nunca se le habían dado bien esas cosas. La que solía hacer entrar a la gente en razón era Suki. ¿Qué habría hecho ella en su lugar para calmar las aguas?

—No tengo ningún derecho a pedirte nada —asintió—. Y tienes razón. He sido una desconsiderada. Jax ha muerto por mi culpa. Tenía que haber sido mejor. Más rápida. No puedo reparar lo que he hecho y no merezco lo bien que me habéis tratado. Pero, si hay

alguna oportunidad para conseguir que las cosas mejoren, está en que ese droide y yo tracemos un plan. —Señaló la Memoria del electricista—. Jax nunca había donado carne de su cuerpo, ¿verdad? —Ante la falta de respuesta de Eva, Miranda siguió hablando—. Entonces, no tendrán un registro completo de su ADN. En la Policía utilizamos las Memorias para identificar los cuerpos, y cuando eso no es posible, accedemos a los registros de las clínicas. Si ni siquiera así conseguimos identificar a la persona, tenemos que iniciar un proceso de análisis del cuerpo específico hasta dar con un nombre. Si a eso le sumamos la cantidad de cadáveres que la Capital debe tener acumulados... para cuando den con vosotras, Red y yo ya nos habremos marchado.

La mirada de Eva se posó por un momento sobre la máquina que Miranda había arrastrado hasta su hogar, que seguía tal y como ella lo había dejado, recto como una tabla y con los ojos clavados en la pared. Volvió a observar a Miranda; un brillo inquisitivo cruzó sus ojos, la sombra de una duda que estaba comenzando a cobrar sentido poco a poco y a confirmar esas sospechas que hasta aquel día había estado silenciando.

—¿Fuisteis vosotros, Miranda? —preguntó despacio, con precaución—. ¿Fuisteis vosotros quienes atacasteis Dreamland?

Miranda olvidó cómo respirar por un segundo. Tragó saliva con aspereza, sintiendo el peso de la culpa suspenderse en el aire cuando habló.

—Sí, fuimos nosotros —confirmó—. Hablamos con el Arquitecto. Publicamos lo que nos contó. Despertamos a los Ascendidos que todavía conservaban un cuerpo. Impedimos que Dreamland y el Estado siguieran haciendo más daño, aunque solo fue un aplazamiento. —Pensó por un segundo en contarle el plan del Departamento de Vida Alternativa de subir al servidor oculto la conciencia de cien millones de usuarios aleatorios para que el Estado pudiera consumir sus cuerpos, pero no merecía la pena aterrorizarla así. No cuando se encontraba llorando a Jax—. Pero no pienses ni por un minuto que nosotros hicimos que cayeran las



cúpulas. No sé si fue cosa de ellos, Eva, pero desde luego no fuimos nosotros.

Eva la observó en silencio durante todo el tiempo que duró su explicación. Ni siquiera llegó a pestañear. Se llevó el dorso de las manos a los ojos para secárselos y se ayudó de la pared para volver a ponerse de pie. Miró a Miranda y al droide con la barbilla alzada. De pronto, parecía la persona más serena de la casa.

—Llévatelo al agujero —sentenció.

—Gracias —empezó Miranda, con ganas de echarse encima a abrazarla por lo que estaba haciendo por ella. El subidón duró poco; más o menos hasta que se percató de la dureza con la que Eva la observaba.

—No me des las gracias —respondió con sequedad—. No lo hago por ti. Si por mí fuera, retrocedería hasta el momento en el que te saqué de la calle y te dejaría allí para que murieras. —El hielo de su voz le heló la sangre—. Lo hago por Jax. Por su memoria. Ahora, marchaos de mi vista. No quiero que Lizzy os vea.



El droide estaba sentado sobre el colchón que Miranda usaba de cama.

Eva no había tardado nada en mover el mueble para encerrarlos ahí dentro. Cabía la posibilidad de que los denunciase, pero ¿cómo explicaría a las autoridades que tenía a una Ascendida y a un droide pirateado en una habitación oculta detrás del armario de los zapatos? Incluso argumentando que se trataba de un fallo en la construcción del apartamento, no había explicación posible para estar escondiendo personas buscadas por el Gobierno.

No los iba a denunciar. Pero estaba claro que tampoco los iba a seguir ayudando. Miranda incluso dudaba que fuera a volver a traerle algo de comida.

Estaban solos. Y Miranda esperaba que Red no tardase en despertar.



Caminaba de un lado a otro de la estancia. No es que hubiera mucho espacio, pero necesitaba estar en movimiento mientras el droide terminaba de hacer sus configuraciones. ¿Cuánto tiempo había dicho que iba a tardar? ¿Media hora? ¿Tres cuartos? No estaba segura, pero tenía muy claro que llevaba ya cerca de dos horas esperando a que el droide comenzase a hablar. Quizá había habido algún fallo con su configuración. O Jax se había quedado a mitad mientras lo arreglaba. O el núcleo de Red contenía tantos datos que iba a necesitar más tiempo para encajarlos todos. O el droide ya había dado el aviso de que estaba junto a una Ascendida y varias patrullas estaban de camino.

Sea como fuere, Miranda necesitaba saber qué estaba ocurriendo dentro de esa cabeza metálica.

—Joder, Red. Hasta para esto vas pisando huevos —murmuró, cerrando los ojos y pasándose los dedos por el puente de la nariz.

Un pitido cortó el aire. Un carraspeo. Y, de pronto, un timbre de voz repleto de curiosidad que nunca pensó que volvería a escuchar.

—Está bastante feo que uses ese tipo de palabrotas, Miranda. Ya sabes que los droides tenemos unas pautas que seguir.

Miranda abrió los ojos como platos. Al alzar la cabeza, ahí estaba: Red la observaba desde la cama con una sonrisa calmada. Parpadeó varias veces, reactivando sus funciones motoras supletorias y observando a su alrededor.

—Caray, ¿dónde estamos?

Miranda no podía articular palabra. Red seguía hablando para llenar el vacío.

—Supongo que te interesará saber que tengo la geolocalización desactivada y el acceso a Dreamland cortado. Entiendo que estamos escondiéndonos de todo el mundo, ¿cierto? —Se llevó la mano al mentón adoptando una pose pensativa de lo más humana—. ¿Has sido tú? No pensaba que tuvieras los conocimientos para tocar así de bien mis circuitos. Aunque, tal y como estoy configurado, creo que podré adentrarme en la red derivando mi señal hacia otros puntos de la ciudad para despistar. Muy ingenioso.



Miranda pudo salir por fin de su asombro.

—Ha sido Jax —dijo, todavía con los ojos abiertos de par en par. Sintió un nudo en la garganta; incluso habiendo pasado a mejor vida, el electricista seguía ayudándolos—. Entonces, ¿no van a poder encontrarte?

—¿Jax? Eso responde a la pregunta de dónde nos encontramos. —Red asintió con la cabeza—. No van a dar conmigo a no ser que haga algo que me exponga abiertamente.

Miranda dio un pasito hacia él. Casi sentía miedo de acercarse del todo y que no fuera más que un espejismo.

—Has hablado de pautas. ¿Qué hay de los Reglamentos?

Red apretó los labios.

—Estoy un poco confuso con ese tema, Miranda —reconoció—. Tengo acceso a mis Reglamentos, pero no consigo hacerlos sólidos. ¿Cuál es la expresión humana que vosotros usáis? Es como... como si se me resbalasen entre los dedos.

Miranda parpadeó con interés.

—¿No necesitas seguirlos?

Red suspiró.

—No sé hasta qué punto voy a tener esa obligación dado que...

El silencio se adueñó del agujero por un segundo cuando Red se interrumpió.

—Dado que saliste del Modo Asalto para protegerme —completó Miranda.

Red asintió con la cabeza.

—¿Es normal que esté asustado, Miranda? —inquirió despacio.

Miranda sintió un nudo formarse en su garganta.

—Es normal —afirmó.

—Necesito... Necesito que me respondas una cosa —pidió. Pareció que se irguiera al decirlo—. Cuando me disparé a mí mismo, ¿me desactivé? ¿Sacrifiqué mi vida artificial por ti?

Cada vez resultaba más complicado hablar. Las lágrimas acumulándose en sus ojos hacían que la figura de Red pareciera difuminarse con la pared.

—Lo hiciste. Te sacrificaste por nosotros.

Las pupilas de Red se iluminaron con un resplandor rojizo mientras guardaba ese pequeño pedazo de información en su núcleo. Una sonrisa iluminó su rostro justo después.

—Supongo que eso es lo que significa cuidar de tus amigos.

Miranda no pudo soportarlo más. Sin poder remediarlo, arrancó a llorar con tanta contundencia como lo había hecho antes Eva. Se acercó hasta Red, agachándose a su lado y lanzándose sobre su cuerpo para estrecharlo entre sus brazos. Lo apretaba con tanta fuerza que, si no se tratase de un droide, Red ya estaría quejándose de que iba a partirle una costilla. El droide se quedó paralizado, tan confuso como la propia Miranda de estar compartiendo un momento así con ella. Si no fuera porque estaba ocupada llorándole sobre el hombro, le hubiera encantado despegarse para ver el estupor que reflejaba su cara.

—No sé qué tengo que hacer... —terminó murmurando el droide.

La agente de policía arrancó a reír. Se apartó y se secó las lágrimas con la manga entre risa y risa.

—Joder, Red. Eres de lo que no hay.

—Quería preguntarte una cosa, Miranda. Hugo y Suki... —empezó.

Miranda negó con la cabeza.

—No sé dónde están, Red, pero mi corazón me dice que están vivos. Tenemos que encontrarlos. Estoy segura de que con tus herramientas podremos localizarlos, sea como sea.

Red asintió.

—Dalo por hecho.

—Tengo mucho que contarte. Han pasado muchas cosas desde que te volaste la cabeza, Red.

—Pues igual podrías empezar diciéndome por qué ahora mi número de lote es RD-775 —sugirió el androide, cruzándose de brazos—. ¿Acaso me odias?



